Revolución del 9 de Octubre de 1820

El 9 de octubre es el día más importante en la historia de Guayaquil, de la antigua Audiencia de Quito y del Ecuador actual; porque ese es el verdadero y único día de nuestra independencia.

La revolución del 9 de octubre de 1820 tiene sus antecedentes a partir de 1814 cuando -luego de haber permanecido durante varios años en México, Europa y los Estados Unidos- José de Antepara, José Joaquín Olmedo y José de Villamil -unos antes y otros después- llegaron a Guayaquil para dedicarse con entusiasmo y fervor a hacer conocer a los guayaquileños los nuevos conceptos políticos y las nuevas formas de gobierno que debían regir los destinos de los pueblos libres.

Estos tres patriotas no hablaron de cambiar autoridades como lo había hecho la revolución quiteña del 10 de agosto de 1809, ellos se expresaron en términos de independencia, de democracia y de República, haciendo conciencia en todos los ciudadanos de que era necesario realizar cambios sustanciales en las estructuras políticas y sociales de los pueblos de la América española.

Fueron tan convincentes sus conceptos y argumentos, que su voz fue escuchada y esas ideas de independencia, poco a poco… de boca en boca… empezaron a regarse entre todos los guayaquileños.

Para entonces, la pérdida de sus colonias en América del Norte -que se había independizado en 1776- había puesto a Inglaterra en situación muy desfavorable con relación a España, que aún las conservaba. Decidida a terminar con la hegemonía ibérica, Inglaterra propició y a financió la presencia de corsarios que entre 1816 y 1820 atacaron los puertos y las naves españolas

en el Pacífico, invitando además a la sublevación en contra de España.

Tal fue el caso del Alm. Guillermo Brown, quien lo hizo a nombre del gobierno de Buenos Aires; y Lord Cochrane y el Alm. Illingworth, que navegaron bajo bandera Chilena.

América empezaba a transformarse… Por el norte, Bolívar había logrado importantes triunfos tanto en Venezuela como en Nueva Granada (Colombia), y desde el sur llegaban las noticias de los avances de San Martín.

Con estos antecedentes, al llegar 1820 los guayaquileños comprendieron que la libertad de la patria dependía solo de ellos, que aunque estaba ya muy cerca no había que esperarla, era necesario ir a buscarla. Por eso decidieron apresurar sus acciones, pues comprendían que también que de ellos dependía también concluir la independencia de toda la América española.

Y es que la lucha entre españoles y criollos aún no estaba definida: En América aún quedaba por independizar gran parte del Virreinato de Santa Fe (Colombia), la Audiencia de Quito, el Virreinato de Lima y la Audiencia de Charcas (Bolivia). Bolívar estaba detenido al sur de Colombia sin poder trasponer la cordillera de Pasto cuyas puertas le eran infranqueables; y San Martín, al sur, casi no tenía ya hombres con quienes sostener sus luchas por la independencia del Perú.

Fue entonces que, a finales de julio y de paso hacia Caracas, procedentes de Lima llegaron a Guayaquil los oficiales venezolanos León de Febres-Cordero, Miguel de Letamendi y Luis Urdaneta, miembros del afamado batallón “Numancia”, quienes habían sido separados de dicho cuerpo por haber manifestado expresiones de rebeldía y simpatías independentistas. Los guayaquileños, al conocer la causa por la que habían sido dados de baja, no dudaron en invitarlos a que se queden y participen en la revolución que se estaba fraguando.

Y es que los guayaquileños sabían que para proclamar su

independencia, a más de la fuerza consistente de sus ideas necesitaban también la fuerza determinante de las armas y una gran cantidad de efectivos militares, fue por eso que -con inteligencia y argumentos- con la cooperación de los tres venezolanos lograron convencer a la oficialidad de los regimientos acantonados en la ciudad, entre los que se encontraban el Cap. Gregorio Escobedo, el "Cacique" Alvarez, el Cap. Nájera y los sargentos Vargas y Pavón.

La revolución guayaquileña estaba en marcha.

El domingo 1 de octubre de 1820, y a petición de la joven Isabelita Morlás -hija del Ministro de las Cajas Reales don Pedro Morlás-, don José de Villamil y su esposa, doña Ana Garaycoa, ofrecieron una fiesta en su casa del Malecón. A Villamil le pareció una magnífica oportunidad para reunir a los conspiradores sin levantar sospechas, por lo que encargó a Antepara la misión de invitar también a todos aquellos a quienes considerara dispuestos a respaldar la idea emancipadora, incluyendo a los militares comprometidos.

Esa noche, mientras las parejas bailaban en el salón principal, sin llamar la atención don José de Antepara reunió a los conjurados en una habitación apartada.

En esa reunión secreta, a la que Antepara llamó **"La Fragua de Vulcano"** -porque por conjunción cósmica reunió a todos los comprometidos con la libertad- estuvieron presentes, entre otros, Luis Fernando Vivero, los hermanos Antonio y Francisco de Elizalde, Lorenzo de Garaycoa, José de Villamil, Francisco de Paula Lavayen, Baltazar García, el Cmdte. José María Peña, don Manuel Loro, Pedro Sáenz, Francisco Oyarvide, José Rivas, José Correa y por su puesto, Febres-Cordero, Letamendi, Urdaneta, Escobedo y los demás militares comprometidos en la revolución, quienes acordaron que esta se daría en las primeras horas del 9 de octubre.

Algunos de estos nombres no han tenido trascendencia, porque

lamentablemente la historia prefiere consignar a quienes tuvieron participación militar o política, pero fueron ellos, los civiles anónimos, quienes financiaron económicamente a la revolución; porque a los militares había que pagarles, eran soldados de carrera; no mercenarios, pero sí profesionales, y al momento en que abandonaron las filas realistas y se pasaron al bando independentista, lógicamente dejaron de percibir sus sueldos, que los recibían de Lima.

Queda entonces establecido que -solo con la ayuda de sus hijos- Guayaquil financió económicamente todos los gastos de su independencia.

Durante las reuniones secretas que sostuvieron en los días siguientes, los conjurados consideraron la necesidad de nombrar un líder que comandara el movimiento revolucionario en marcha.

El primer escogido fue Jacinto Bejarano, viejo conductor de los patriotas guayaquileños, quien se excusó expresando que sería indigno comandar un movimiento revolucionario sin poder estar presente en él, pues los achaques de su avanzada edad se lo impedirían.

Se propuso entonces el mando a José Joaquín Olmedo, quien también se excusó señalando que era hombre de letras y no soldado, y que el líder de la revolución debía ser un militar con experiencia y capacidad de mando.

Por último se buscó a Rafael de la Cruz Jimena, quien por haber recibido su educación y su carrera militar en España, se excusó también por considerar que no sería caballeroso asumir la dirección de la lucha en contra de la Corona Española.

Ahora bien, aunque los tres propuestos se negaron a aceptar la dirección del movimiento revolucionarios por causas verdaderamente válidas, todos ellos se comprometieron a asumir sus responsabilidades con la revolución.

En los días siguientes, ante la falta de un líder que comande la revolución, al no conocer nada con respecto a las campañas de Bolívar y de San Martín, y con la certeza de que los españoles mantenían en el Perú una gran fuerza compuesta por cerca de 22.000 efectivos, y otra en Quito y Pasto, con 6.000, en un exceso de preocupación Villamil sugirió que el golpe debía ser aplazado.

> *Surgió entonces el talento y la decisión de Febres-Cordero, quien comprendiendo que no había tiempo que perder, dijo:* ***"¿Cuál es el mérito, que contraeremos nosotros con asociarnos a la revolución después del triunfo de los generales Bolívar y San Martín…? Ahora que están comprometidos, o nunca; un rol tan secundario en la independencia es indigno de nosotros. De la revolución de esta importante provincia puede depender el éxito de ambos generales en razón al efecto moral que esto produjera aunque no produjera nada más. El ejército de Chile conocerá que no viene a un país enemigo y que en caso de algún contraste tiene un puerto a sotavento que se puede convertir en un Gibraltar. El Gral. Bolívar nos mandará soldados acostumbrados a vencer y desde aquí le abriremos las puertas de Pasto que le serán muy difícil de abrir atacando por el norte (…) Pasto es inabordable por el Norte y la inmediata revolución de Guayaquil se hace necesaria para abordarlo por el Sud".***
>
> *(José de Villamil.- "Memorias").*

Propuso entonces hacer primero la revolución y nombrar a los jefes de la misma después.

La suerte estaba echada.

En las primeras horas del 9 de octubre de 1820 y a la voz de "Viva la Patria", ocultos entre los soportales y protegidos por las sombras, uno a uno los comprometidos en el golpe revolucionario fueron llegando al Cuartel de Granaderos, situado en los bajos de la Casa del Cabildo, y luego de

ponerse de acuerdo y de asignarse las respectivas responsabilidades, cada uno partió a cumplir con su destino frente a la historia.

Febres-Cordero y el Cap. Nájera se tomaron el Cuartel de la Brigada de Artillería (1) sin encontrar ningún tipo de resistencia; Urdaneta, junto con Antepara y algunos civiles, hizo lo propio con la batería "Las Cruces" (2), y por último, ese mismo grupo se apoderó del **Cuartel "Daule"** (3), cuyo Jefe, el Cmdt. Joaquín Magallar, murió con honor al tratar de enfrentar a la revolución. Esta fue la única sangre que se derramó en ese venturoso día.

Finalmente, antes de rayar el alba fueron capturados el Gobernador de la Ciudad, don Pascual Vivero, así como el Jefe Militar de la Plaza, Crnel. Benito García del Barrio; y comprendiendo que era inútil luchar, se entregaron también los otros jefes militares.

En la mañana de ese glorioso 9 de octubre de 1820, cuando brilló "La Aurora Gloriosa" y los primeros rayos del sol iluminaron la ciudad, Guayaquil y toda la provincia ya eran libres, para siempre, del dominio español.

Se había iniciado la independencia de la Patria.

A las 10 de la mañana se conformó una Junta de Gobierno integrada por el Crnel. Gregorio Escobedo, el Dr. Vicente Espantoso y el Tnte. Crnel. Rafael María Jimena; y de inmediato se enarboló la bandera de Guayaquil Independiente, formada por cinco franjas horizontales, tres celestes y dos blancas, y en la celeste del centro, tres estrellas blancas.

> *En su "Reseña Histórica", José de Villamil señala que el 9 de octubre de 1820* ***"…por disposición de la Junta (de Gobierno) se desplegó la bandera de Guayaquil independiente compuesta de cinco fajas horizontales, tres azules y dos blancas y en la del centro (azul) tres estrellas…"***

En la comunicación que el Ayuntamiento de Guayaquil envía ese mismo 9 de octubre de 1820 a Quito y a Cuenca dice textualmente **"…el hermoso estandarte de la patria tremola en todos los puntos de esta plaza"**.

Antes del medio día Villamil y Febres-Cordero insistieron ante Olmedo para que asuma el cargo de Gobernador Civil de la Plaza, y aunque este se excusó varias veces, tuvo finalmente que acceder.

Se anunció entonces por "bando" la libertad obtenida, y por el voto general del pueblo, al que estaban unidas todas las tropas acuarteladas, se proclamó de manera definitiva la independencia y se firmó el acta del cabildo del 9 de octubre de 1820, que constituye -de hecho- el **"Acta de la Independencia de Guayaquil"** y de toda la Patria, pues no hay otra.

Esa acta, en su primera página, dice textualmente: **"En la ciudad de Santiago de Guayaquil, a los nueve días del mes de octubre de mil ochocientos veinte y años, y primero de su independencia…."** Allí, en el acta del 9 de octubre de 1820, por primera vez en nuestra historia aparece la palabra independencia.

Al día siguiente de proclamada la independencia, lo primero que hizo Olmedo -que era un constitucionalista por antonomasia, y que por ende quería darle a Guayaquil categoría jurídica y constitución republicana-, fue organizar un gobierno legítimo basado en el voto popular, para lo cual convocó a una Junta representativa de todos los pueblos de la Provincia Libre de Guayaquil.

Inmediatamente se organizó una Junta de Guerra presidida por Luis Urdaneta; Olmedo fue nombrado Jefe Político y Escobedo Comandante Militar. Dos días después, considerando que Bolívar no podía cruzar Pasto y que por el sur, la poderosa fuerza española impedía el avance de San Martín; los guayaquileños

enviaron a ellos sendos mensajes anunciándoles que Guayaquil ya era libre del dominio español, y que podían contar con ella en todo lo referente a las luchas por la independencia.

> ***"La revolución de Guayaquil vino a despejar obstáculos a la marcha triunfal de los libertadores y a presentar ventajas excepcionales que fueron inmediatamente aprovechadas. Y sin embargo, la transformación del 9 de Octubre es uno de los hechos gloriosos en que no fue menester librar sangrientos combates ni lanzar el grito de victoria entre los ayes de dolor y el duelo de la población; porque la revolución estaba hecha ya en el campo de las ideas y no hubo necesidad de desarraigar a sangre y fuego las seculares instituciones coloniales"***
>
> *(José Antonio Campos.- Historia Documentada de la Provincia del Guayas, tomo IV, p. 2).*

El eco de la revolución de octubre retumbó en todos los rincones de la patria, y los jóvenes criollos, que organizaron las primeras tropas para intentar dar la independencia a Quito, llevaron a los pueblos del interior nuevos alientos y esperanzas.

El ejemplo de Guayaquil fue seguido inmediatamente: El 10 de octubre plegó Samborondón; luego, Daule el 11 y Baba el 12; siguieron después Jipijapa y Naranjal, el 15; Portoviejo el 18 y Montecristi el 23. El 3 de noviembre Cuenca se puso bajo la protección de Guayaquil… Quito guardó silencio.

El 8 de noviembre de 1820 -convocados por el Ayuntamiento de Guayaquil- mediante expresión libre y democrática los 57 diputados representantes de todos los pueblos convocados eligieron a Olmedo como Presidente de la Provincia Libre de Guayaquil (no alcalde como algunos mal informados repiten constantemente), a Rafael Ximena para que se encargue de los asuntos militares, a Francisco Roca para que asuma la responsabilidad de atender los asuntos civiles, y se designó a

Francisco de Marcos como secretario.

Se dictó además un “Reglamento Provisorio de Gobierno”, que fue la Constitución que regiría los destinos jurídicos de este nuevo estado, de la República de Guayaquil, que con una extensión de más de 53.000 km2, integraba todos los territorios comprendidos desde el río Esmeraldas, al norte, hasta la ciudad de Tumbes al sur, comprendiendo además las estribaciones occidentales de la cordillera de los Andes.

Esa fue -definitivamente- la Primera Asamblea Constituyente que se instaló en un territorio libre perteneciente a la Audiencia de Quito.

Inmediatamente y conscientes de que no se podía hablar de la independencia de la patria hasta no lograr la libertad de Quito, los patriotas guayaquileños estructuraron los primeros batallones armados, y bajo las órdenes de Luis Urdaneta y León de Febres-Cordero, la “División Protectora de Quito” salió en campaña hacia el interior.

Al día siguiente, en las cercanías de Bilován, en el camino a Guaranda, las tropas patriotas tuvieron su bautizo de fuego en la célebre **Batalla de Camino Real**, en la que alcanzaron un triunfo que permitió a Guaranda proclamar su libertad.

Esta victoria enardeció a los pueblos de Latacunga, Riobamba, Ambato, Alausí, Loja y Tulcán, que el 11, 12, 13, 18 y 19 de noviembre se pronunciaron a favor de la revolución de Octubre. Los patriotas guayaquileños -animados por el entusiasmo de liberar a toda la patria- continuaron su victoriosa marcha hacia Quito, pero el 22 del mismo mes, en los campos de **Huachi** sufrieron una terrible derrota que los obligó a replegarse a Guayaquil.

La derrota de Huachi demostró a los patriotas que les hacía falta mayor organización y poder bélico, por lo que escribieron a Bolívar indicándole que Guayaquil era ya ciudad libre del yugo español, con un gobierno, pero que necesitaban

refuerzos para poder mantener la independencia.

Ante esta solicitud, Bolívar envió al Gral. Antonio José de Sucre, quien llegó a Guayaquil el 6 de mayo de 1821 acompañado de un fuerte contingente militar, e inmediatamente pasó a reorganizar las fuerzas patriotas, que una vez más marcharon hacia el interior. Se libraron entonces decisivas e importantes batallas como las de **Cone**, el segundo **Huachi**, **Tanizagua** y **Riobamba** (Tapi) para -entre triunfos y derrotas- dar la libertad a todos los pueblos de Quito.

Esta heroica campaña independentista culminó el 24 de mayo de 1822 en el monumental escenario de la gloria guayaquileña: El Pichincha.

(1) Quedaba entonces donde hoy se levanta el edificio del Correo.

(2) Estaba situado donde hoy queda el edificio del antiguo Hotel Humboldt.

(3) Estaba ubicada en la orilla, a la altura de las calles Portete y Argentina.

A esta histórica reunión secreta, a la que él mismo llamó «La Fragua de Vulcano», -porque por conjunción cósmica, hasta los dioses estuvieron presentes- asistieron también –entre otros- Vicente Ramón Roca, Diego Noboa, Luis Fernando Vivero, los Hnos. Elizalde, Francisco de P. Lavayen, Rafael María de la Cruz Jimena, Manuel Antonio de Luzarraga, y por invitación especial, los militares venezolanos León de Febres-Cordero,

Luis Urdaneta y Miguel de Letamendi, que se encontraban de paso por esta ciudad; y los peruanos Gregorio Escobedo, el «Cacique» Alvarez y el sargento Vargas, miembros del Batallón de Granaderos, acantonado en Guayaquil. (Acuarela de Luis Peñaherrera / El Libro de Guayaquil)

En las primeras horas de la mañana de ese 9 de octubre de 1820, Olmedo, junto a Villamil, Antepara y los demás gestores de la heroica gesta independentista se asomaron al balcón de la Casa de Gobierno para anunciar al pueblo la libertad obtenida. (Acuarela de Luis Peñaherrera / El Libro de Guayaquil)

Con la firma del Acta del 9 de Octubre de 1820 se dejó constancia -en trascendental e histórico momento- que desde ese día y para siempre la Patria era libre del dominio español. (Acuarela de Luis Peñaherrera / El Libro de Guayaquil)

En el Museo Municipal de Guayaquil se conserva el Libro de Actas del Cabildo, en el cual se encuentra consignada el Acta del 9 de Octubre de 1820, correspondiente al día en que Guayaquil proclamó su Independencia, y la de toda la patria. Este es el primer y posiblemente único documento en la

historia del Ecuador en el que se consigna la palabra Independencia.

Consumada la Revolución del 9 de Octubre de 1820 se llevó a cabo la “Suscripción del Acta de la Independencia”, y más tarde bajo la presidencia de José Joaquín Olmedo y teniendo como Secretario a Francisco de Marcos, se instaló en Guayaquil una Junta de Gobierno a la que asistieron los principales próceres y protagonistas de esa histórica fecha. (Este cuadro, pintado en base a retratos posteriores que se hicieron de los próceres, el artista a intentado darle a cada uno el aspecto aproximado que debieron tener cuando llevaron a cabo el movimiento independentista de 1820).

Adornando los cuatro lados de la base de la Columna de los Próceres, que se levanta en la Plaza del Centenario de Guayaquil para rendir homenaje a los protagonistas de la revolución del 9 de octubre de 1820, aparecen los monumentos de José de Villamil, en cuya casa se reunieron los patriotas guayaquileños para preparar el movimiento revolucionario; José de Antepara, que organizó la reunión secreta a la que llamó «La Fragua de Vulcano»; León de Febres-Cordero, que asumió el mando militar del mismo; y José Joaquín Olmedo, que presidió el primer gobierno libre y convocó al primer Cabildo Abierto de Guayaquil.